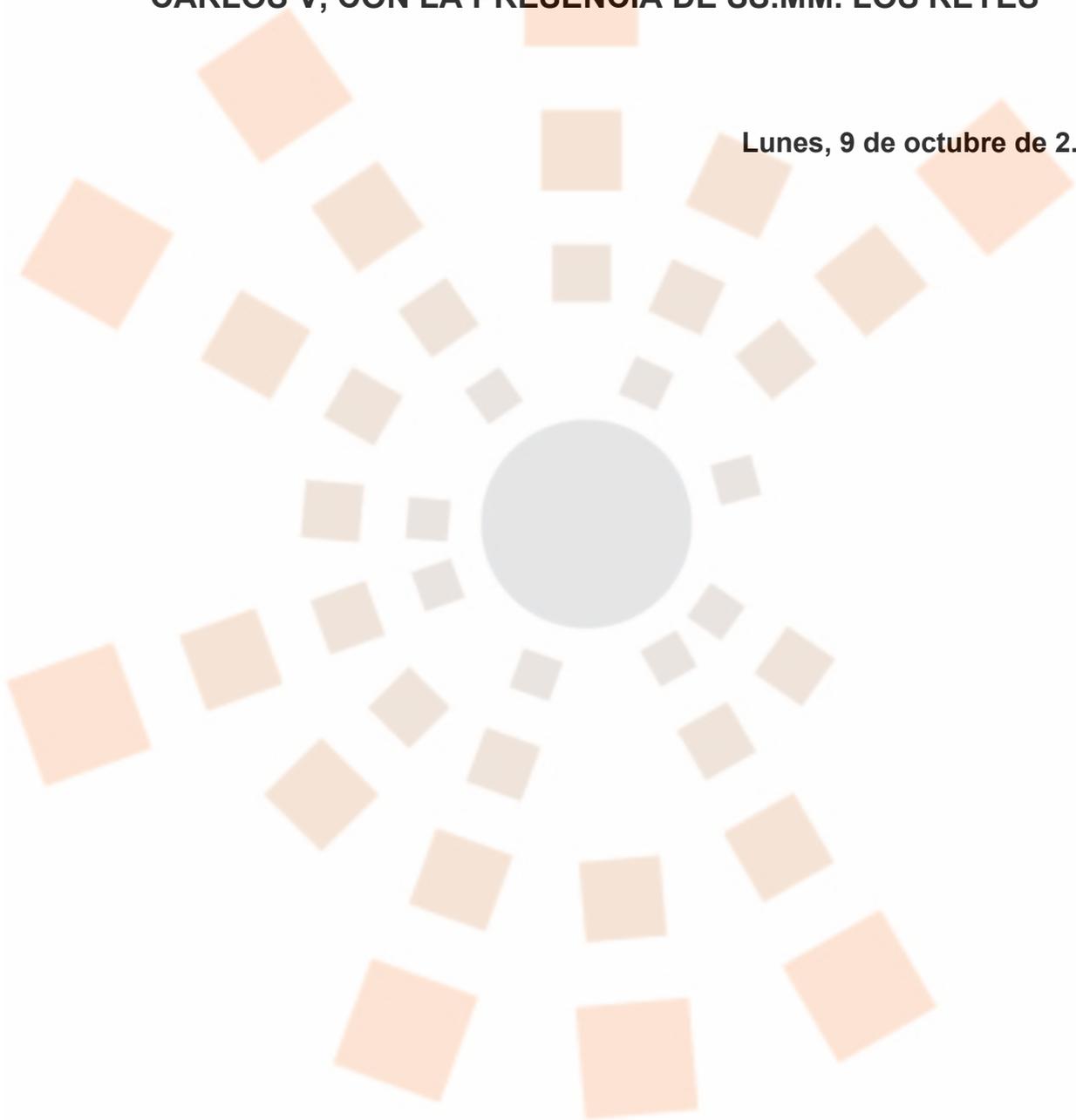


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO.SR.PRESIDENTE EN EL ACTO DE
TOMA DE POSESIÓN DE ACADÉMICOS DE LA FUNDACIÓN
ACADEMIA EUROPEA DE YUSTE Y ENTREGA DEL PREMIO
CARLOS V, CON LA PRESENCIA DE SS.MM. LOS REYES**

Lunes, 9 de octubre de 2.000



**INTERVENCIÓN DEL EXCMO.SR.PRESIDENTE EN EL ACTO DE TOMA DE
POSESIÓN DE ACADÉMICOS DE LA FUNDACIÓN ACADEMIA EUROPEA DE
YUSTE Y ENTREGA DEL PREMIO CARLOS V, CON LA PRESENCIA DE SS.MM.
LOS REYES**

Lunes, 9 de octubre de 2.000

Majestades.

Vuestras Majestades han tenido de nuevo la ocasión de conocer a lo largo de esta ya cargada jornada varias de las nuevas facetas de esta región, desde su joven Universidad a la pujante actividad empresarial. Y ahora vuelven a Yuste, un lugar para el que me consta que siempre han hecho un hueco, no ya sólo en sus agendas, sino un poco también en sus corazones. Yuste es un sitio extraño. Hay monasterios mucho más bellos y palacios mucho más impresionantes, desde luego. Y los hay más pequeños o feos, igualmente. Y en todos esos otros sitios tampoco es difícil ubicar hechos históricos de mayor o menor importancia, una estancia regia, la firma de un tratado, una vida de santo, una notable biblioteca o un retablo prestigioso. Y sin embargo Yuste, en su modestia, parece tener un aura especial, un algo poco definible pero que, intuimos, ligado a esa no menos excéntrica decisión del emperador de venir a morir aquí. Porque aquí en realidad no pasó mucho: un hombre viejo y enfermo vino a morir rodeado de sus fantasmas familiares, sus obsesiones religiosas y sus relojes. Retirarse era una decisión que poca sorpresa habría de causar. Y hacerlo a un palacio modesto pero medianamente cómodo era algo de lo que nadie hubiera podido asombrarse. El estupor provino de la situación del retiro, radicalmente apartado de los centros de decisión política, a enorme distancia de cualquier gran ciudad, como subrayando la firmeza irrevocable de la decisión. Es la oscuridad sobre las razones profundas de esa elección lo que otorga a estas piedras esa pátina de misterio que todavía hoy conservan, y no sólo el hecho inusual de que, siguiendo el camino inverso al tantas veces recorrido, no precediera el palacio a la iglesia, sino la sede religiosa a la adosada sede del poder terrenal.

Pues bien, Yuste es nuestro eslabón cultural con la idea de Europa, nuestro particular talismán cuando queremos invocar esas ideas profundas sobre el continente que a veces sólo somos capaces de expresar en términos puramente económicos. Por eso, más allá de las discusiones urgentes del día a día continental; más allá de los desalientos por los tropiezos, alguno especialmente reciente; más allá de las, por qué no decirlo, frecuentes mezquindades nacionalistas; más allá de las tensiones del ajuste institucional o la convergencia económica, los extremeños proponemos a Yuste como una de las sedes de la convergencia espiritual de Europa. Este selecto grupo de europeos que forman la Academia Europea de Yuste es un reflejo de ese fantasma que todos parecemos buscar sin encontrar, un trasunto de ese ectoplásmico pueblo europeo sobre el que basar el nuevo edificio

político continental. Lo que pretende la Academia es contribuir modesta y sosegadamente a esa exploración de lo que nos une por encima de lenguas y fronteras, y de ahí el sencillo esquema de reunir, no ya a unos cuantos de los muchos miles de excelentes europeístas, sino a un puñado de europeos excelentes, que no es lo mismo, ni mucho menos. Y ponerles, si me permiten la expresión religiosa, bajo la advocación de otros tantos europeos de todos los tiempos, gigantes del pensamiento, la política, la ciencia o la cultura.

Pero no es esa mera constatación lo que perseguimos. Este acto es un ejemplo de que el pasado, la historia, no es un ladrillo inerte con el que agredirse unos a otros, sino la palanca que, apoyada en un tiempo pretérito, nos permite mover el mundo de hoy. La Academia y los Premios Carlos V no son una celebración autocomplaciente del pasado, sino una invitación a que estos hombres y mujeres exploren los caminos del futuro europeo desde sus particulares convicciones personales y sus acreditadas trayectorias profesionales. En realidad, su elección no es un galardón por lo que hayan hecho con anterioridad, pues todos ellos podrían exhibir otras distinciones mucho más acreditadas que su pertenencia a la Academia, sino una invitación a que sigan haciendo en el futuro, a que sigan empleando sus privilegiadas capacidades también para la construcción de esta Europa nueva, que es una de las aventuras intelectuales más estimulantes que un gran colectivo humano puede acometer en este momento de la historia.

Una aventura ésta, por cierto, forjada por los millones de europeos que hemos habitado el continente tras la Segunda Gran Guerra, pero que también tiene sus héroes, sus líderes, sus nombres propios. Es a ellos a quienes se dedica el Premio Carlos V, que en esta su tercera edición ha recaído en una persona de cuya amistad siempre me he preciado públicamente, Felipe González, y a propuesta precisamente del primer galardonado, Jacques Delors. A veces la historia depara a los pueblos benéficas conjunciones estelares, de modo que personas especialmente capaces tienen la oportunidad de unir sus voluntades en proyectos de largo alcance. Así sucedió en España cuando Su Majestad y el hoy premiado llevaron la presencia y el prestigio internacional de nuestro país a cotas jamás soñadas. Y así ha sucedido también en el ámbito europeo en esos años apasionantes en los que los Mitterand, Kohl, Delors o González asumieron los riesgos del acelerado proceso de integración continental. Riesgos que hoy los europeos debemos retribuir justamente con el agradecimiento colectivo que suponen este tipo de premios.

A todos, pues, a Sus Majestades, a los nuevos y veteranos académicos, al homenajeado, a las ilustres personalidades presentes, a todos les hemos convocado a Yuste, no para invitarles a un melancólico retiro como el del emperador, sino a tomar aliento para continuar levantando este edificio incompleto que llamamos Europa.

Muchas gracias.